

## II. NOTAS

### DOS NOTAS SOBRE LA POESIA SALVADOREÑA DE HOY

*Hugo Montes*

Con alguna frecuencia recibo publicaciones literarias de El Salvador. Como también me informó —¿quién no?— de los encuentros guerreros y de las dificultades políticas extremas de ese país, no puedo sino admirar el esfuerzo de los poetas, narradores y ensayistas salvadoreños, capaces de continuar creando en medio de balas y de bombas. ¿O es que encuentran un estímulo en la gravedad misma de la situación?

Lo primero, es que continúa apareciendo la publicación periódica "Cultura", del Ministerio de Educación. Leemos el N° 71, aparecido a mediados de 1983, con poemas de Vintilia Horia y Raúl Henao, con relatos de R. García Iglesias y Carlos Meneses, con artículos de F. Guillén, J. Rodríguez Padrón, J.S. Guandique, H.E. Pedemonte y R.M. Galindo. Secciones monográficas, además, abordan la obra de Enrique Labrador Ruiz y subrayan el humanismo de Andrés Bello.

No se trata de meras enunciaciones de autores y títulos, sino de destacar el esfuerzo que supone reunir a tan selectos artistas y estudiosos de la palabra, de estructurar una publicación como la indicada y de penetrar con variada profundidad en la creación de dos escritores prominentes de Hispanoamérica.

Están, luego, las obras de David Escobar Galindo (1943) y de Hugo Lindo, bien conocido éste entre nosotros por haber representado, como Embajador, a su país en Chile. Los libros de aquél se suceden con admirable frecuencia, mientras que los del segundo aguardan pacientemente la aprobación última del autor, siempre exigente y castigador de cuanto escribe. Ambos coinciden, empero, en el rigor formal de sus poemas. Una acusada formación clásica, que sabe de la vieja poesía latina y de toda la tradición española, los lleva a ceñir su expresión y a componer sonetos o elegías lejos de cualquier pirueta de posvanguardia. Y coinciden también en una visión que podríamos llamar personalizada del hombre. Lo que para otros cuenta como masa, como cifra, como fuerza de choque o de consumo, es para ellos ser humano, realidad concreta de carne y hueso y de espíritu que trasciende las exigencias puramente materiales. Palpita en la poesía de Escobar y de Hugo Lindo una suerte de ternura, de calor humano, de comprensión por lo más radical y entrañable que hay en el otro. Es una poesía que, sin olvido de lo inmediato y lo circunstancial, supera las ideologías y parece buscar sólo el compromiso con el hombre y con el arte.

No se entienda lo recién dicho como un afán de huida de ese *hic* y de ese *nunc* tan

dramáticos que se viven en El Salvador. *Darío en la ciudad destruida*, *Sonetos Penitenciales*, *Sonetos de la sal y la ceniza*, *Trenos por la violencia* son títulos nada evasivos de David Escobar Galindo. Leemos uno de los poemas de este último breve libro:

*Y a estos muertos de la calle,  
¿qué luz los quema?*

*¿En qué alambres de púas  
quedan clavados?*

*Y a estos muertos de la calle,  
¿quién los levanta?*

*Manos y sienes rotas,  
manchado el pecho.*

*Sudor de la violencia,  
crujido espeso.*

*Miles de mariposas  
de sus costados.*

*Seca la sangre, entonces,  
Seca y vibrante.*

*La luz de la metralla.  
(la del poema).*

*Simplemente en su sombra  
de acribillados.*

*El viento, con una astilla  
entre la garganta.*

*¿Qué rumor de sus sangres  
huye deshecho?*

*¡Las palabras se arrastran,  
de carne y hueso!*

*Muertos por mariposas  
amortajados.*

*¡Y se queda en el aire,  
luz oficiante!*

Con explícita evocación de Quevedo se abre el libro de los *Sonetos Penitenciales*, cuya quinta edición, de 1982, tenemos a mano:

*Igual que en el soneto de Quevedo  
miré los muros de la patria mía,  
y en lugar de la justa simetría  
sólo hay desorden, crápula, remedo.*

*Muros en que sus huellas deja el miedo,  
huellas que son la sangre en agonía,  
del que muere atrapado en pleno día  
y del que vive agonizando quedo.*

*Y ante los muros arde el pensamiento,  
porque no hay más atroz requisitoria  
que la que urge la patria mal vivida.*

*¡Con la sal del amor en el aliento  
limpiemos estos muros de su escoria,  
mas no con muerte, no, sino con vida!*

Visión patética y, sin embargo, esperanzada. Visión fuerte, acorde con la dura realidad en torno. David Escobar Galindo, con publicaciones en España y en diversos países americanos, con una incansable labor poética y universitaria, se alza como una figura de gran significación en la literatura del idioma.

Hugo Lindo (*Varia poesía*, 1961; *Maneras de llover*, 1969; *Sólo la voz*, 1968), hurga por otros derroteros. Lo religioso lo atrae, lo atrae la naturaleza, se adentra con delgadez que es experiencia en las honduras del amor humano y divino. Recibimos de él una carta ancha llena de cariño y de poemas inéditos. Que nos perdone si reproducimos algunos. Este, por ejemplo, en que con hombría enfrenta la obligación de la esperanza. Sí, obligación, "precisamente porque no hay salida". Es una cabal "lección de entereza":

*Hoy estás obligado a la esperanza  
precisamente porque no hay salida,  
porque los callejones de la vida  
conducen sólo a malaventuranza.*

*Porque el mundo es hoguera y sangre y lanza  
y galopa la muerte, ya sin brida  
por las estepas del afán suicida  
y el oscuro país de la venganza.*

*Por todo lo que llevas de profeta,  
porque estás condenado a ser poeta,  
no irás a un muro de lamentaciones,*

*te arrimarás al vórtice del viento  
y gritarás sobre las ambiciones  
la primogenitura del aliento.*

Es una actitud aleccionadora, de hombre que no quiere desesperar y se esmera en asumir la vida que le corresponde, aun sabiendo que los caminos del mundo se cierran con crueldad. Es un gesto ético nacido en una visión de fe y de esperar contra toda esperanza. Tal visión necesariamente había de complementarse con la virtud del amor, más necesaria cuando el odio se intensifica. En el soneto *Miedo* el amor asoma, luego de una humilde confesión de culpabilidad:

*No temeré a la muerte que es segura,  
sino al odio coral, que es evitable,  
a este ejercicio de estallido y sable,  
a este trasiago de salpicadura...*

*a esta porfía de malaventura  
de la que eres culpable y soy culpable,  
a esta trinchera en cuya abominable  
sima, nos ha sumido la locura.*

*Temeré a no saber tender la mano,  
a no poder acomodar el gesto.  
No a la espuma del tiempo, sino a esto  
  
que corroe y corrompe en su pantano  
de calumnia plural, ascua, denuesto,  
y nos está pudriendo de antemano.*

Hay en el poema una suerte curiosa de influencia quevediana y de Jorge Guillén. No se teme a la muerte, que con certeza ha de venir. Se teme a la ofensa, al odio, a la soledad egoísta, al no reconocimiento de esos signos de los tiempos por los cuales la Providencia se hace presente en la historia. Es, a la postre, temor a cuanto genera el morir. El disparo mortal es consecuencia de una muerte anterior, la del espíritu que rechaza el espíritu y lo malogra en su raíz. El árbol humano habrá de crecer torcido, con inevitable inclinación a la tierra de la que procede. Pero quizás todavía sea posible, enseña el autor, pensar en el primigenio destino de altura, propio de la vida. No es cosa de recetas. No es cosa de conciertos políticos. Menos, de más metralla. Es cosa de volcarse al interior más hondo, donde anida el germen de la vida y de la muerte, y de pulsar las cuerdas adecuadas, esas que con sencillez llevan a tender la mano y a acomodar el gesto a las necesidades ajenas.

Desde un comienzo se intuye que la visión de Hugo Lindo descansa en lo religioso. Su mirada, transida de tiempo, apunta a la eternidad. Las cosas no lo conquistan. Se entusiasma con las personas antes que con las situaciones o los objetos. Las personas, a su vez, lindan con el misterio, con el silencio, con la comarca allende el olvido y la memoria. De ángeles, profecía, fulgor pleno, nos habla su poesía más reciente, en concordancia por lo demás con la anterior, que pedía a Dios el ensanche del corazón.

Sólo que ahora se va más lejos, al terreno mismo de la mística. El sufrimiento y el desengaño del mundo fueron el inicio. Luego llegó el silencio que permite adentrarse hasta el hondón del alma, olvidados ya el nombre y el guarismo, palabra y número. Se aprendió la "lección del silencio". Todo está preparado para el salto final, el del encuentro con la fuente del amor y la vida, con el amor mismo. El Yo se entrega al otro. No hay reservas ni postergaciones. Al contrario, afán de urgencia: "sea cuanto antes". Es el comienzo de la aventura postrera: "*Hoy* me pongo al alcance de tu flecha". En el adverbio subrayado va mucho. No es mañana, no es en la tarde. El hoy categórico, absoluto, dice bien de la disponibilidad inmediata. La iniciativa está en el Dios que busca y que acecha, que caza. La imagen del cazador es vieja y es muy expresiva. La víctima, sin embargo, no se escapa ni se defiende. Colabora más bien, cierta de que no puede quedar en mejores manos. "Me pongo al alcance", dice el texto. No se esquivo la flecha, se la busca casi. La caza empieza a ser una con el Cazador. De leño y llama habló Juan de la Cruz, o de vidrio y rayo de luz que lo traspasa. Son imágenes diversas para mostrar el camino de la unidad. La vía mística llega a la identificación que paradójicamente no confunde. Ser uno, sin dejar la primitiva dualidad. Igual que el esposo y la esposa. Plenitud que no es supresión de nada y que no es panteísmo. Superación de los contrarios, si se quiere, o armonía de lo desigual y distinto. Léase *Rendición*, texto místico de particular revelancia:

*Hoy me pongo al alcance de tu flecha  
—caza menor, ansiosa de tu herida—  
porque es inútil todo afán de huida  
si eres Tú, Cazador, quien nos acecha.*

*Un día u otro, la ilusión maltrecha  
sucumbirá ante la verdad cumplida  
y entonces entrará toda la vida,  
por la abertura de su carne, estrecha.*

*Sea cuanto antes, Cazador. Lo espero.  
Que tu flechazo venga a mí, certero,  
y penetre la piel que me disfrazo,*

*porque ha de pasar pronto la tortura,  
y más allá me espera la ventura  
de unirme al Cazador, siendo la caza.*

No es siquiera ponerse en la mira del disparo, sino ansiar la herida. Obsérvese: la herida, es decir el sufrimiento, el dolor, el corte. Lejos cualquiera idea de masoquismo o de romántica complacencia en la catástrofe, porque esta herida salva y no destruye, porque ella da vida, “toda la Vida”, como se añade en el verso séptimo. La herida es abertura estrecha de la carne y sin embargo da paso a la plenitud.

Que todo sea cuanto antes, Cazador. Este ha pasado de personaje aludido a interlocutor. La tercera personal dio en el Tú personal con el que se dialoga. No cabe criticar la eventual falta de unidad estructural, sino de aplaudir el “dislate” de quien en la enajenación del amor ya no sabe cosa, ya no cuida ganado, balbucea apenas los decires esenciales. El yo ha encontrado a quien no sólo le complementa y le da sentido sino a quien penetrando la piel que disfrazo lleva a la verdad necesaria, a la unidad gozosa. De ventura más allá de la tortura, se habla en el segundo terceto. Es el remate feliz de la vía unitiva, felicidad inefable que explica la ansiedad del comienzo. Lejos quedó la herida. Todo ahora es plenitud con el Cazador de quien es, no obstante, la caza.

Soneto perfecto, en que la gradación de las vías ocurre con la rapidez exigida por los catorce versos, sin que nada se precipite. No faltó ni sobró nada. Culminación ejemplar de la labor de Hugo Lindo, que parece haber encontrado ese tesoro por el cual se dejan todas las cosas, basura y estorbo en el decir de Pablo.

¡Admirable ejemplo de lirismo en medio del convulsionado quehacer político y militar!